

CAPITULO III

La peligrosa herida, que tardó más de un mes en sanar —como no se aventuraron a removerla, la manzana siguió incrustada en su cuerpo en recuerdo visible de lo acaecido—, pareció rememorar, incluso al padre, que Gregorio a pesar de su aspecto actual, desgraciado y repulsivo, continuaba siendo miembro de la familia al que no correspondía tratar como a un enemigo, sino que por el contrario, era primordial deber de familia dejar a un lado la repulsión y tener paciencia. No cabía más que resignarse.

En cuanto a Gregorio, a causa de la herida había perdido, quizá definitivamente, la facilidad de movimiento, y no obstante que ahora necesitaba, como un anciano inválido, muchos y largos minutos para atravesar su cuarto —y ni soñar en subirse por las paredes— se vio suficientemente compensado en el empeoramiento de su condición, por el hecho de que al anochecer se abría la puerta de la sala de estar —la que acostumbraba a mirar de hito en hito desde una o dos horas antes—, de modo que, tumbado en su habitación, en la oscuridad, invisible para la familia, podía ver a todos a la luz de la lámpara, alrededor de la mesa, y oír su charla que evidentemente ya era de un tono diferente a cuanto escuchaba detrás de la puerta. Es verdad que no eran ni remotamente parecidas a las de otros tiempos; aquellas tan alegres y animadas que tanto echaba de ver Gregorio en las pequeñas habitaciones de las hospederías donde se alojaba, y que afloraba siempre al meterse, agotado, entre las húmedas sábanas de la cama extraña. Ahora por lo general, las veladas eran muy calladas. Acabando de cenar, se quedaba dormido el padre en la butaca, en tanto que la madre y la hermana se aconsejaban una a la otra silencio. Su

madre, encorvada cerca de la luz, cosía ropa blanca de calidad para una tienda, y la hermana, que había entrado de dependienta, aprovechaba para estudiar en la noche taquígrafía y francés, con vistas a conseguir un puesto mejor que el que tenía. De vez en cuando, se despertaba el padre y, como si no se diera cuenta de que había estado durmiendo le comentaba a la madre: "¡Hoy estás cosiendo mucho!", y de nuevo caía dormido, mientras las dos mujeres intercambiaban una fatigada sonrisa.

Con una terquedad de mula, el padre se empeñaba en no quitarse el uniforme de ordenanza, ni siquiera en su casa. Y en tanto que su bata, ya inservible, colgaba de la percha, dormitaba allí sentado, vestido con el uniforme completo, como si estuviera siempre listo a prestar servicio, o esperara escuchar hasta en su casa la voz de uno de sus jefes. Con lo que el uniforme, que lo recibió siendo ya usado, comenzó a verse sucio, no obstante los amorosos cuidados de la madre y de la hermana para mantenerlo limpio. Y Gregorio, muy seguido, se pasaba horas enteras contemplando ese traje lustroso, lleno de lamparones, mas con los botones dorados siempre brillantes, con el cual el viejo se dormía, aunque con incomodidad, muy pacíficamente.

Tan pronto como el reloj daba las diez, la madre trataba de despertar al padre, persuadiéndole con cariñosas palabras para que se marchase a la cama, porque dormir allí sentado no era dormir como es debido, y a él le hacía falta un buen descanso ya que a las seis debía acudir a su obligación. Pero el padre, con lo obstinado que se había vuelto desde que trabajaba de ordenanza de Banco, insistía en quedarse más rato a la mesa, aunque por lo regular caía de nuevo dormido, y sólo después de muchas mortificaciones se decidía a cambiar la butaca por la cama. Y no obstante madre y la hermana, él continuaba allí con los ojos cerrados, cabeceando cada cuarto de hora, pero no se ponía de pie. La madre le movía la manga, susurrándole carifios al oído, y la hermana dejaba su tarea para ayudarla. Mas todo era inútil, ya que el padre se arrellanaba más hondo en su butaca, y no abría los ojos hasta que las dos mujeres le tomaban por debajo de los brazos.

Entonces sus miradas iban de una a otra, habitualmente con la observación:

—¡Qué vida ésta! ¡Vaya paz y tranquilidad las de mis últimos años! —Y apoyándose en las dos mujeres se levantaba penosamente, y como si para él mismo fuera esto una carga pesada, consentía que de tal guisa le acompañaran hasta la puerta; allí, con la mano les hacía ademán de que se fueran, y continuaba solo su camino, en tanto que la madre dejaba su labor de costura y la hermana sus plumas, para correr tras él, y poder ayudarle.

¿Qué miembro de esa familia sobrecargada de trabajo, reventada de cansancio, hubiese podido preocuparse de Gregorio más allá del tiempo absolutamente necesario? Los gastos de la casa fueron reducidos más y más. Se despidió a la criada; ahora una asistente, mujer gigante, huesuda, de cabellos blancos que le circundaban la cabeza, venía una hora por la mañana y otras por la tarde, a hacer las tareas más pesadas; todos los demás quehaceres quedaban a cargo de la madre, a los que se añadían las grandes pilas de costura. Fue necesario además, deshacerse de varias joyas con las que la madre y la hermana se engalanaban, orgullosas, en sus fiestas y reuniones. Esto lo averiguó Gregorio una noche, al oírles comentar el precio a que las vendieron. Pero de lo que más se lamentaban era de que no pudieran dejar el piso —que ya en las actuales circunstancias resultaba demasiado grande— porque no veían la forma de trasladar a Gregorio. Pero Gregorio sabía muy bien que esa no era la verdadera razón que les impidiera mudarse, puesto que para trasladarle a él bastaría sencillamente un cajón con dos orificios que le permitieran respirar. No, lo que les detenía para cambiarse de piso era su propia desesperación, porque el cambio hacia realidad la creencia en que estaban de verse señalados por una desgracia tal como jamás les sucedió a ninguno de sus parientes y amigos.

Y sufrieron lo increíble, soportando lo que el mundo exige de la gente pobre: el padre iba a traer el desayuno para los empleadillos del Banco; la madre, tenía que rendir sus energías confeccionando ropa interior para extraños; la hermana, que correr de un lado a otro tras el mostrador, atendiendo órdenes de los clientes. Pero por más que se esforzaban no daban más de sí. Y la herida en la espalda de

Gregorio comenzaba a dolerle mucho cuando la madre y la hermana, luego de acostar al padre, regresaban de nuevo y dejaban el trabajo para sentarse muy juntas una de la otra, casi mejilla con mejilla. La madre apuntaba hacia la habitación de Gregorio y decía:

—Grete, cierra esa puerta ahora. —Y Gregorio quedaba nuevamente inmerso en la oscuridad, en tanto que, en el cuarto vecino, las dos mujeres confundían sus lágrimas, o, con los ojos secos, miraban fijamente a la mesa.

Las noches y los días de Gregorio transcurrían sin casi conciliar el sueño. En ocasiones, le obsesionaba la idea de que a no tardar llegaría el día en que se abriría la puerta de la habitación, y que como en otros tiempos se haría cargo de nuevo de los asuntos de la familia. Recordó, después de este largo periodo, a su jefe y al principal, a los agentes viajeros y a los aprendices; al ordenanza, que era tan estúpido; a dos o tres amigos que tenía en otros comercios; a la camarera de una hospedería de provincia, y un recuerdo romántico y pasajero: el de la cajera de una sombrerería, a quien había pretendido en serio, pero sin forzar el paso.

Estas personas desfilaban en su mente confundidas con otras desconocidas o con gentes a las que tenía completamente olvidadas; pero en lugar de ayudarle a él y a los suyos, todas y cada una de ellas se tornaban inasequibles, y se sentía contento cuando su recuerdo se desvanecía. Otras veces no tenía talante para preocuparse por su familia, y sólo sentía rabia por la negligencia con que le atendían. No pensaba en ningún manjar que se le antojara, pero hacía planes para entrar en la despensa y sacar, aunque no tuviera hambre, los alimentos, que después de todo eran suyos. La hermana ya no se afanaba en traerle lo que en especial podía gustarle comer; antes de irse al trabajo, en la mañana y en la tarde, empujaba con el pie cualquier vianda hacia el interior del cuarto, y después, cuando regresaba de la tienda, sin preocuparse por el hecho de que Gregorio apenas probara bocado —que así solía suceder— o que ni siquiera tocara la comida, sacaba lo que quedaba de un escobazo. El acomodo del cuarto, que ahora ella siempre hacía por la noche, no podía ser más rápido. A lo largo de las paredes

abundaba la mugre; y aquí y allá se veían montoncitos de basura.

En un comienzo, cuando entraba la hermana, Gregorio acostumbraba colocarse en una esquina particularmente sucia, lo que no dejaba de ser un a modo de reproche a ella. Pero, podría estar allí semanas enteras y ni aun así lograba que la hermana se esmerara un poco más; ella veía la porquería tan bien como él, pero al parecer no pensaba sacarla. Con una susceptibilidad totalmente nueva en ella, y que de algún modo había contagiado a toda la familia, se reservaba celosamente la tarea de limpiar ese cuarto. En una ocasión la madre se resolvió a hacer limpieza general en el cuarto de Gregorio, lo que sólo pudo efectuar llevando varios cubos de agua —toda esta humedad le afectó mucho a Gregorio, que mientras tanto yacía quieto y apesadumbrado debajo del sofá— pero el castigo no tardó mucho. En cuanto la hermana regresó por la tarde y apercibió el nuevo aspecto que ofrecía la habitación, se ofendió, corrió encolezada a la sala de estar, y pese a las súplicas de la madre, estalló en llanto tal que sobresaltó a los padres —naturalmente el padre brincó del sillón— que al principio la observaban totalmente confundidos. Finalmente los padres entraron en acción; el padre, a la diestra de la madre, le amonestaba por no haber dejado a la hermana que ella sólo limpiara la pieza de Gregorio; la hermana, a la izquierda, aseguraba, gritando, que ya no podría seguir encargándose de aquella tarea. A todo esto la madre intentaba llevarse a su alcoba al padre que estaba sobreexcitado; la hermana, ahogada por el llanto, golpeaba la mesa con sus puñitos cerrados mientras Gregorio pateaba con furia, pues nadie se preocupó de cerrar su puerta evitándole la amargura de aquella escena y aquel escándalo.

Pero, si la hermana, exhausta por su trabajo diario, se había cansado de cuidar a Gregorio como antes, no había necesidad de que interviniera la madre, ni Gregorio tenía razón para sentirse abandonado, porque había una asistenta. Esta anciana viuda a quien probablemente su fornida y huesuda constitución permitió sobreviviera a lo peor que la vida puede ofrecer, no sentía por Gregorio ninguna repulsión. Un día, y no propiamente por curiosidad, se le ocurrió abrir la puerta de la habitación y al ver a Gregorio —quien

sorprendido comenzó a correr de un lado a otro, aunque nadie iba a su caza— permaneció simplemente con las manos cruzadas sobre la barriga. Desde entonces, mañana y tarde siempre entreabría un poquito la puerta, por un momento, y echaba una ojeada a Gregorio. En un comienzo, hasta lo llamaba con palabras que tal vez consideraba amistosas, como: "¡Acércate, escarabajo!" "¡Miren al escarabajo!" A tales alocuciones Gregorio no solamente no contestaba, sino que permanecía quieto en su lugar, como si la puerta no hubiera sido abierta. ¡Cuánto más valdría que en lugar de permitir a esta sirvienta que le molestara con sus insensateces cada vez que le venía en gana, le ordenaran que limpiara el cuarto diariamente!

Una mañana a primera hora —la lluvia, que quizá anunciaba el llegar de la primavera, azotaba con fuerza los cristales de las ventanas— la asistenta empezó nuevamente a importunarle, y Gregorio se exasperó a tal grado que, aunque bastante lenta y débilmente, corrió hacia ella como si fuera a atacarla. Pero en lugar de asustarse, ella se limitó a levantar en alto una silla que encontró junto a la puerta, y en esa actitud quedó, con la boca abierta, dispuesta claramente a no cerrarla hasta no descargar sobre el espinazo de Gregorio la silla que enarbolaba.

—¿Así es que lo pensaste mejor? —dijo al ver que Gregorio empezaba a retroceder. Y con calma volvió a poner la silla en el rincón.

Ahora era raro que Gregorio comiera. Al pasar cerca de los alimentos que le ponían, se metía algo en la boca a modo de distracción; allí lo mantenía durante algún tiempo, y por lo general terminaba escupiéndolo. Primero creyó que su falta de apetito se debía a la melancolía causada por el estado en que aparecía su habitación; sin embargo no tardó en acostumbrarse al nuevo aspecto que ofrecían los cambios. La familia se habituó a dejar allí todo lo que estorbaba en otro lado; que ahora era mucho, porque uno de los cuartos de la casa había sido alquilado a tres huéspedes. Estos tres señores, muy serios —los tres con barba, según observó Gregorio una vez a través de la rendija de la puerta—, tenían una gran pasión por el orden, que gustaban reinara no sólo dentro de su propia habitación, sino en toda la casa —puesto que ahora formaban parte de ella— y en todo lo

que concernía al hogar y en forma muy especial en la cocina. Ellos no soportaban trastos inservibles y no digamos cosas sucias. Además trajeron consigo casi todo el mobiliario que necesitaban. Por esta razón sobraban muchas cosas que resultaban difíciles de vender, pero que por otra parte no se podían tirar. Y todas éstas iban a recalar al cuarto de Gregorio, lo mismo que el cajón de cenizas y el bote de la basura. Cualquiera cosa que por el momento no se necesitara era lanzada, sin pérdida de tiempo, por la asistenta, al cuarto de Gregorio. Afortunadamente, Gregorio no solía ver más que el objeto que llegaba y la mano que lo arrojaba. Probablemente la asistenta pensara en regresar por esas cosas cuando se le ofreciera la oportunidad o tuviera tiempo; o viniéramos a sacarlas de una vez. Lo cierto es que estaban allí tal como las arrojaban desde el comienzo, excepto cuando Gregorio se revolvía contra el trasto y lo empujaba, obligado al principio por la necesidad, porque ya no tenía bastante cuarto para arrastrarse, y más tarde con creciente placer, a pesar de que luego de esos trotes quedaba terriblemente triste y extenuado, sin ánimo de moverse en varias horas.

Los huéspedes, a veces, cenaban en casa, en la sala de estar, común para todos, y muchas noches la puerta que daba a esa habitación quedaba cerrada; pero, a Gregorio, resignado, no le importaba ya, e incluso en ocasiones en que la puerta permanecía abierta no aprovechaba la oportunidad sino que se retiraba a la esquina más oscura de su cuarto, totalmente inadvertido de la familia. Pero sucedió que un día la sirvienta dejó entreabierta la puerta que daba a la sala de estar, y en tal guisa estaba cuando los huéspedes llegaron en la noche y prendieron la luz. Se sentaron a la mesa en los lugares que en otros tiempos ocupaban para comer sus alimentos, Gregorio, el padre y la madre; desdoblaron las servilletas y se dispusieron a cenar, cuchillo y tenedor en mano. En seguida, por la otra puerta, apareció la madre con una fuente de carne, y detrás la hermana que traía a su vez una fuente repleta de patatas. De la comida se desprendía una nube de humo. Los huéspedes se inclinaron sobre las fuentes que les habían puesto por delante, como si quisieran escudriñarlas antes de comer; y, efectivamente, el que estaba sentado en el medio, y parecía

gozar de autoridad sobre los otros dos, cortó un pedazo de carne en la fuente misma, obviamente para comprobar si estaba bastante tierna, o si se hacía necesario devolverla a la cocina. Mostróse satisfecho, y la madre y la hermana, que le observaba con ansiedad, respiraron libremente y comenzaron a sonreír.

Mientras tanto la familia cenaba en la cocina. No obstante lo cual, el padre entraba en la sala de estar antes de ir a la cocina, y con gran reverencia, gorra en mano, daba la vuelta a la mesa. Los huéspedes se alzaban de sus asientos y murmuraban algo para sus barbas. Luego, cuando quedaban solos, comían calladamente.

A Gregorio le parecía notable que entre los diversos ruidos que provenían de la mesa distinguiera siempre el sonido del masticar de dientes; era como si quisieran demostrar a Gregorio que para comer uno necesita dientes, y que aun la más bella mandíbula, si está huérfana de dientes, de nada le sirve a uno.

—Tengo bastante apetito —se dijo Gregorio, cariacontecido—. Pero no de esas cosas. ¡Qué manera de comer estos señores! ¡Mientras, yo, muriéndome de hambre!

Aquella misma noche oyó el sonido del violín, —Gregorio no se acordaba de haberlo escuchado en todo aquel tiempo— que tocaban en la cocina. Ya habían terminado los huéspedes su cena. El que se encontraba en medio había traído un periódico y le daba una hoja a cada uno de los otros dos, y ahora los tres, cómodamente recostados hacia atrás, leían y fumaban. Cuando el violín comenzó a tocar, prestaron atención, se pusieron en pie, y en puntillas llegaron hasta la puerta del recibidor, quedándose allí muy quietos y juntos uno contra otro. Sus movimientos se debieron escuchar en la cocina, ya que el padre inquirió:

—¿Les molesta que toquen el violín, caballeros? —Y agregó: Si es así, puede suspenderse al punto.

—Todo lo contrario —repuso el señor “que se sentaba en medio”—. ¿No quisiera venir la señorita y tocar en este cuarto, a nuestro lado, donde sería mucho más propio y confortable?

—¡Con mucho gusto, no hay inconveniente!; —contestó el padre, como si él fuera el violinista.

Los huéspedes regresaron al interior del recibidor, y aguardaron. Inmediatamente llegó el padre con el atril, en seguida la madre con las partituras, y por último la hermana con el violín. La hermana dispuso todo en orden, con calma, para comenzar a ejecutar. En tanto que los padres, que jamás habían tenido habitaciones alquiladas, y que por ello extremaban la cortesía debida a los huéspedes, no se aventuraban a sentarse en sus propias butacas. El padre se apoyó contra la puerta, la mano derecha metida entre dos botones de su librea abrochada; mientras, uno de los huéspedes le ofreció a la madre una butaca, y ella se sentó a un lado en un rincón, ya que no se atrevió a cambiar el asiento del lugar en que aquel señor se lo ofreciera y al hacerlo lo dejara casualmente.

Empezó a tocar la hermana, y el padre y la madre, desde su lugar, miraban de hito en hito los movimientos de sus manos. Gregorio, subyugado por la música, se animó a avanzar un poco, hasta llegar a tener la cabeza realmente dentro del recibidor. Casi no se sorprendía del poco miramiento que últimamente tenía para con los demás, a pesar de que antes, esa condición suya era algo de lo que más se preciaba. Pero precisamente en esta ocasión tenía sobradas razones para esconderse, ya que la gran cantidad de polvo, que en gruesas capas reposaba en la habitación, se levantaba en oleadas al más ligero movimiento. Él mismo estaba cubierto de polvo y llevaba consigo, por la espalda y los costados, pelusas, cabellos y trozos de comida. Su indiferencia para todo era demasiado grande para que se echara sobre su espalda y se limpiara restregándose contra la alfombra, como en un tiempo lo hacía varias veces al día. Y ahora, no obstante el estado en que se encontraba, no tenía la más mínima vergüenza de seguir avanzando un poco por la superficie brillante del recibidor.

Es cierto que nadie se preocupaba de él. La familia estaba enteramente absorta por el violín; sin embargo, los huéspedes, que al principio estaban juntos, manos en los bolsillos, demasiado cerca del atril —tanto como para poder ir leyendo las notas, lo que debió molestar a la hermana—, pronto se acercaron a la ventana cuchicheando con las cabezas inclinadas, y allí permanecieron mientras el padre volvía ansiosamente los ojos hacia ellos. Era obvio que estaban de-

silusionados; ellos esperaban gozar de un buen concierto de violín, pero con lo que habían escuchado ya tenían bastante, y sólo por educación se resignaban a ser molestados y a que se les interrumpiera su sagrada paz. Del modo en que echaban humo por la boca o la nariz, se adivinaba su irritación.

Y, sin embargo, ¡qué belleza de ejecución, la de la hermana! Con el rostro ladeado, sus ojos seguían con atención y tristeza, las notas del pentagrama. Gregorio se arrastró un poco más hacia adelante, y bajó más su cabeza hacia el suelo, tratando de encontrar con su mirada la de la hermana.

¿Acaso sería él una fiera, cuando la música le había impresionado tanto?

Sintió como si ante él se abriera un camino hacia el anhelado y desconocido sustento. Se determinó a seguir avanzando, llegar hasta su hermana, tironearle la falda y hacerle entender de esa forma que viniera a su cuarto con el violín, porque nadie apreciaba aquí su música como él lo haría. En lo sucesivo, ya no la dejaría salir de aquel cuarto, al menos mientras él viviese. Por primera vez, su terrible forma le sería de alguna utilidad. Vigilaría todas las puertas de su cuarto, a un mismo tiempo, listo para saltar encima de los intrusos. Mas era necesario que la hermana estuviera junto a él, no por imposición, sino por propia voluntad; ella debía sentarse a su lado en el sofá, y acercar su oído a él de modo que él pudiera confiarle que siempre tuvo la firme intención de enviarla al Conservatorio, y que si no hubiera llegado su desgracia, en estas Navidades pasadas —porque ya habían pasado, ¿no?—, así se lo habría dicho a todos, y no hubiera permitido ni una simple objeción. Y, al escuchar todo eso, su hermana se conmovió, echándose a llorar, y Gregorio se alzó hasta sus hombros y la besaría en el cuello, que desde que iba a su trabajo no adornaban con cinta ni collar.

—¡Señor Samsa! —gritó el huésped que parecía tener más autoridad. Y, sin más palabras, señaló al padre —estirando el índice en aquella dirección— a Gregorio, que avanzaba lentamente. El violín enmudeció, y el señor de más autoridad sonrió a sus amigos, moviendo la cabeza, y luego volvió a mirar a Gregorio.

En vez de sacar de allí a Gregorio, le pareció al padre

que lo más conveniente era tranquilizar a sus huéspedes, aunque éstos no daban señales de estar inquietos; por lo contrario, daba la impresión que se divertían más con la aparición de Gregorio que con el violín. Se echó sobre ellos, y extendiendo los brazos intentó apresurarlos a regresar a su cuarto, al mismo tiempo que trataba con su gesto de evitar que vieran a Gregorio. Los señores comenzaban ahora a dar muestras de sentirse realmente un poco molestos, aunque no se sabía si su enojo lo provocaba la conducta del padre o es que en aquel instante venían a darse cuenta de que habían tenido por vecino de habitación a un tipo como Gregorio.

Pidieron explicaciones al padre, agitando los brazos; se tironearon la barba con desasosiego, y sólo con renuencia volvieron hacia su habitación.

Entre tanto, la hermana, que ya se había repuesto del aturdimiento que sufriera al verse interrumpida de aquel modo, se quedó unos minutos con los brazos caídos, sosteniendo indolentemente el arco y el violín, y con la mirada aún fija en la partitura. Pero de repente lanzó el instrumento a los brazos de su madre, que continuaba sentada en su butaca respirando con dificultad a causa del asma, y corriendo metiose en el cuarto de los huéspedes, quienes estaban siendo pastoreados hacia allá por el padre, con más rapidez que antes, si cabe. Y zarandeada por las ágiles manos de la hermana se vieron volar por el aire mantas y almohadas, y todo quedó en orden, las camas preparadas. Y antes de que entraran los señores a su dormitorio, Grete había desaparecido.

El padre se sentía tan dominado por su terquedad que olvidaba todo el respeto obligado hacia los huéspedes, y se enfurecía empujándolos y empujándolos hasta que ya, en el umbral, el huésped que siempre llevaba la voz cantante entre sus compañeros, dio una patada en el suelo marcándole así el alto.

—Comunico a ustedes —dijo levantando una mano y también dirigiendo su mirada a la madre y a la hermana —que dadas las repugnantes circunstancias que prevalecen en esta casa y familia —llegando a este punto escupió con energía en el suelo— en el acto me despido. Naturalmente que no pagaré ni un centavo por los días que aquí he vivido; por

lo contrario, consideraré la conveniencia de entablar una acción contra ustedes exigiendo una indemnización, demanda que, créanme, sería fácil de justificar.

Al terminar quedó con la vista fija al frente, como esperando algo. Y en efecto, también sus dos amigos corroboraron de inmediato sus palabras, agregando además:

—Nosotros nos marcharemos igualmente al momento.

Después de lo cual, el que parecía tener autoridad sobre los dos tomó el picaporte y cerró la puerta de golpe. El padre, a tientas, tambaleándose, se encaminó hacia su butaca, y dejase caer en ella. Parecía como si fuera a echar su acostumbrado suefecillo vespertino, pero la exagerada inclinación de su cabeza, caída como sin consistencia, indicaba que estaba lejos de dormir.

En todo este tiempo, Gregorio había estado silencioso, sin moverse del lugar donde lo sorprendieran los huéspedes. La desilusión provocada por el fracaso de su plan, y también quizá la debilidad derivada de su mucha hambre, le impedían efectuar el menor movimiento. Temía, con sobrada razón, que muy pronto la tensión general descargaría sobre él, y esperaba. Incluso no reaccionó al estrépito que hizo el violín cuando resbaló de los temblorosos dedos de la madre, dejando oír el gemido de una nota resonante.

—Queridos padres —dijo la hermana dando un manotazo sobre la mesa, a modo de introducción—. Las cosas no pueden seguir así. Quizá ustedes no lo entiendan, pero yo sí. En presencia de este monstruo no quiero ni proferir el nombre de mi hermano; de manera que sólo diré que debemos tratar de deshacernos de él. Hicimos todo lo humanamente posible por cuidarle y soportarle, y estoy segura que nadie se atrevería a hacernos el más mínimo reproche. "Ella tiene toda la razón" —dijo el padre para sí—. La madre, que se hallaba aun soñolosa porque le faltaba el aire, empezó a toser sordamente, tapándose la boca con la mano, y con los ojos desorbitados como una loca.

La hermana se precipitó hacia ella y la sostuvo la frente. Al padre, las palabras de la hermana le estaban induciendo a concretar algo más sus ideas. Se había levantado de la butaca y agarrado su gorra de ordenanza, que estaba entre los platos que aún quedaban en la mesa, de la comida de

los huéspedes, y de vez en cuando echaba una mirada a la inmóvil figura de Gregorio.

—Debemos tratar de deshacernos de él —insistió ahora, categóricamente, la hermana; al padre, pues la madre, con tanta tos, no podía oír nada—. Esto terminará por matarles a ustedes dos. Lo veo venir. Cuando uno tiene que trabajar tanto como nosotros, tocos, trabajamos, no se puede sufrir, además, en casa, este continuo tormento. Yo, al menos no puedo aguantar más. —Y rompió a llorar con tal desesperación y sollozos que sus lágrimas cayeron sobre el rostro de la madre, quien se las limpió maquinalmente con la mano.

—Querida niña —dijo entonces el padre compasivo y con evidente comprensión—. ¿Pero qué podemos hacer? —La hermana se limitó a encogerse de hombros como para exteriorizar el sentimiento de impotencia que se había adueñado de ella mientras lloraba, y que contrastaban con la seguridad de que antes hiciera gala.

—Si él pudiera comprendernos —dijo el padre en tono un tanto equívoco.

Mas la hermana, sin dejar de sollozar, hizo un ademán vehementemente con la mano, dando a entender que eso estaba totalmente descartado.

—Si pudiera comprendernos... —repitió el padre, cerrando los ojos como para reflexionar sobre la convicción de Grete en cuanto a lo imposible de tal suposición—, entonces quizá podríamos llegar a un acuerdo con él. Pero dadas las circunstancias...

—¡Debe irse! —exclamó la hermana—. Es la única solución. Quítese usted la idea de que se trata de Gregorio. El que lo hayamos creído todo este tiempo ha dado origen a todos nuestros sinsabores. ¿Es que esto puede ser mi hermano? Si esto fuera Gregorio ya hace mucho que hubiera entendido que los seres humanos no pueden vivir con semejantes animales. Y él mismo habría resuelto marcharse. Entonces habríamos perdido a Gregorio, pero nosotros seguiríamos viviendo y enalteciendo su memoria. En tanto que así, este animal nos persigue, ahuyenta a los huéspedes, y es obvio que quiere adueñarse de toda la casa y arrojarnos al arroyo. ¡Mira papá —gritó de repente— ya comienza de nuevo! Y, en un acceso de pánico que a Gregorio le pareció injustificado, la hermana apartó de sí con violencia el sillón,